

CAPÍTULO DIECISÉIS

COMENTARIO DE CANTAR DE LOS CANTARES

Siguiendo con los simbolismos del amor, vamos a intentar desentrañar cierto enigma del libro. En él se afirma que la esposa tiene una vid, o que ella misma es la vid: *“los hijos de mi madre se airaron contra mi, me pusieron a guardar las viñas, y mi viña, que era mía, no guardé”* (Cantares 1:6). En este texto se utiliza el término *“remia”*, que supone una identificación entre la viña y la esposa. Sin embargo, en el último capítulo de Cantares, se nos dice: *“Salomón tuvo una viña en Baal-hamón (Señor de riqueza o Señor de muchos), la cual entregó a guardas, cada uno de los cuales debía de traer mil monedas de plata por su fruto, Mi viña, que es mía, está delante de mi. Las mil serán tuyas, oh Salomón, y doscientas para los que guardan su fruto”* (Cantares 8:11-12).

En varias ocasiones las viñas aparecen como tipos o figuras del pueblo de Dios. Por consiguiente, si aceptamos que la esposa de Cantares –simbólicamente– está representada por una viña, el vino sería el fruto que ella misma produce: es decir, sus propios pensamientos, sus elaboraciones noéticas, sus sentimientos... A su vez, si consideramos que la esposa representa a la Iglesia, y el **vino** es un simbolismo del amor, la conclusión

sería esta: la iglesia no puede vivir de su propio producto, sino que debe de recibir la vida del hálito del esposo. No debemos de satisfacer nuestras necesidades con lo que brota de nosotros mismos, sino con lo que nos ofrece el amor de Dios. Traídos estos pensamientos a nuestro devenir histórico-salvífico, resulta ineludible plantear las siguientes preguntas: ¿de qué se nutre hoy la iglesia: de sus propios recursos o del poder de Dios? ¿Se debe nuestro desvanecimiento a que el Señor se ha olvidado de nosotros o a qué nosotros nos hemos olvidado de Él? ¿Pueden las organizaciones para-eclesiales (miméticas de otras seculares) darnos la victoria frente a un mundo que proclama con más ímpetu que nunca que Dios ha muerto?

El segundo simbolismo que encontramos del amor es la **bandera**. En Cantares 2:3-4, dice: *“Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes; Bajo la sombra (LXX=skìa, término que en Lucas 1:35, tiene el sentido de que la sombra del Espíritu de Dios alcanzará y fecundará la esfera de nuestra intimidad) del **deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar, me llevó a la casa del banquete** (hebreo- a la casa del vino) y su bandera sobre mí fue amor (LXX- ágape)”* Teresa de Jesús traduce *“casa del vino”* por bodega y tiene mucho sentido metafórico sublimado. En esta ocasión, es muy interesante tener en cuenta la traducción del término bandera en la Septuaginta, que emplea un vocablo que tiene el sentido de orden de batalla, frente de un ejército, batallón o compañía. La Biblia de Jerusalén recoge muy bien el sentido de la última parte del texto de Cantares 2:4, traduciéndolo así: *“Y su pen-dón que enarbolaba sobre mí, es amor”* Orígenes adopta el texto de la Septuaginta y traduce: *“Ordenad en mí el amor”*

¿Qué simboliza la bandera? La bandera es un signo identificativo que indica el pueblo al que pertenecemos cada uno o nuestra identificación con algo o con alguien. En este caso la bandera es un símbolo del amor como una realidad vivencial inmanente o trascendente, según se trate del amor

entre dos seres humanos o de cada uno de ellos con Dios. Cuando el pueblo de Israel es liberado de la esclavitud y sale de Egipto, se revela contra Dios debido a la falta de agua, y después que Moisés la hace brotar de la roca, erige un altar a Jehová con el nombre de *“Yhaveh-nihsi”*, que literalmente significa *“Jehová es mi bandera y mi protección: Dios es mi salvaguarda”* También la bandera es símbolo de unión: todos agrupados bajo una sola bandera. Fray Luis de León afirma que hay dos sentidos que se pueden dar a esto, y mi visión particular –salvando distancias– coincide. Él explica que se puede interpretar como *“traer la bandera”*, el que se distingue porque lleva la bandera; es decir, el que lleva el símbolo de protección, unión e identificación. Y su sentido sería: la bandera que yo sigo es el amor. Cantares dice: *“y su bandera sobre mi fue amor”* Haciendo una aplicación hermenéutica referida a la Iglesia, la enseñanza es obvia: debería ser el amor de Dios lo que nos identifique. Pero en este mundo en el que se va deviniendo la historia de la salvación ¿qué es lo que nos singulariza?, ¿bajo que bandera caminamos?, ¿quién es el abanderado?, y ¿qué es lo que nos une? ¿Es el amor de Dios o son nuestros intereses?

Otro de los simbolismos del amor es **la enfermedad**. En Cantares 2:5 leemos: *“Sustentadme con pasas, confortadme con manzanas; porque estoy enferma de amor”* Es importante destacar la traducción de Fray Luis de León del original hebreo. La traducción del termino hebreo correspondiente a *“vasos de vino”*, él la traduce como *“esforzadme con vaso de vidrio”* La idea que encierran ambas traducciones es la misma. El contenido de los vasos sería el vino, y la traducción, en este sentido, sería *“como vasos de vino”* La traducción de enfermedad que hacen “los Setenta” tiene una gran importancia porque de ella los místicos, y especialmente Orígenes, hablaron de *“la herida de amor”*, una cuestión predilecta para ellos, sobre todo cuando hacían una interpretación psicológica de la relación del alma con Dios. Cuando empleamos el término alma, nos referimos a la esfera de la intimidad del ser, al corazón, herido del amor de Dios. El término

empleado por los “Setenta” significa herir, dañar, lastimar. En función de sus significados, la traducción del verso quedaría así: *“estoy herida de amor, dañada de amor, lastimada de amor, trastornada de amor”* El dicho popular sentencia que el amor es una locura, y aquí se recoge ese sentido. Pero el sentido del verso va más allá hasta llegar a su significado más profundo: *“seducida de amor”*

Si somos sinceros, ¿nuestra vida no está muy alejada de lo que tendría que ser nuestra relación con Dios? ¿Diríamos que estamos heridos o seducidos por el amor de Dios? Podemos pensar que este amor es una utopía, pero es posible convertirlo en una realidad que se puede experimentar y vivir.

Volviendo al sentido de enfermedad, ésta implica dos cosas: debilidad y dependencia. ¿Hasta qué punto nosotros nos consideramos débiles en nuestra relación con Dios y tomamos conciencia de que necesitamos depender de él? ¿De qué manera despertamos –volvemos en si– a la realidad de que nos conviene estar heridos del amor de Dios y sentir esa dependencia y necesidad de Él? Nos conviene estar seducidos por Él.

Vayamos a otro símbolo del amor, según lo encontramos en Cantares 8:6: *“Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo, porque fuerte es como la muerte el amor, duros como el sepulcro los celos. Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama”*. Esta última parte del verso es más correcto traducirlo así: *“sus ascuas o brasas, arden como ascuas de fuego, como la misma llama de Yahveh, o de Dios”*

El término sello se refiere a: un anillo de sello, figura grabada en el sello, marca, signo, cicatriz. Lo que se declara en estos versos es de una alta significación simbólica: *“Ponme como una figura grabada, como un sello sobre tu corazón, y como una marca sobre tu brazo”* Aquí, pues, tenemos otra figura del amor: **un sello**. El sello expresa un sentido de pertenencia, declara a quién pertenecemos. Y esta pertenencia tiene que manifestarse no solo grabada en el corazón (en la esfera de nuestra intimidad) sino

también en el brazo, porque el sentido de pertenencia debe de ser interno y externo, vivencial, anímico, espiritual, organoléptico, visible y palpable. El sello del amor de Dios tiene que estar grabado en nuestro corazón y en nuestro brazo. Pero en un brazo al descubierto, para que todos puedan saber a quién pertenecemos. No debemos avergonzarnos del signo de nuestra gloriosa esclavitud.

Otro de los simbolismos más importantes del amor es **la muerte**.

Si traducimos la palabra muerte al griego, nos encontramos con el término *tanatos*. En el ser humano lo tanático corresponde al instinto de muerte, a esa realidad psicodinámica e inmanente que informa a la muerte. En la esfera de nuestra intimidad, a nivel de sus estratos más profundos, guardamos una serie de tendencias instintivas que intervienen condicionando nuestra conducta. Como diría el gran psicoanalista C. G. Jung: “*no somos dueños de nuestra propia casa*” Haciendo un gran reduccionismo de nuestro patrimonio instintivo subconsciente, podemos destacar dos tendencias instintivas como realidades subliminales más importantes: *eros* (como instinto de la vida) y *tanatos* (como instinto de la muerte). La vida del hombre es un devenir en el tiempo de una confrontación dialéctica entre la vida y la muerte: “*porque fuerte es como la muerte (como lo tanático en una persona), el amor*” Y en esta confrontación a nivel inmanente entre el instinto de la vida y el instinto de la muerte, lo tanático termina siempre imponiéndose. El análisis de esta realidad desde el punto de vista cristiano da un salto trascendental de la inmanencia a la trascendencia. Este salto metafísico nos diferencia cualitativamente de todos los demás seres vivientes. El Espíritu del *antropos* no se nos revela como un epifenómeno de la materia, sino como una realidad pneumética que la trasciende; es decir, en nosotros el amor de Dios (la Vida por antonomasia) tendría que suponer esa capacidad para enfrentarnos y vencer a la corriente tanática que nos aboca a la no realización metafísica.

Pero aún hay más figuras del amor. En Cantares 8:6 encontramos otra: **el fuego**. *“sus brasas, son brasas de fuego, fuerte llama”* Volviendo a la traducción de la Versión Moderna: *“Sus ascuas arden como ascuas de fuego, o como la misma llama de Dios, como la misma llama divina, o como la misma llama de Jehová”*. El fuego habla de purificación. El amor de Dios debería ser un electo purificador en nuestras vidas, tanto en la relación de nuestra alma con Aquel que nos insufló su Espíritu (Génesis 2:7), como en la relación con nuestro *enfrente*, con aquel con el que establecemos la comunicación y el diálogo.

El último de los simbolismos del amor lo encontramos en Cantares 3:6-11. *“¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo, Sahumada de mirra y de incienso. Y de todo polvo aromático? He aquí es la litera de Salomón; Sesenta valientes la rodean, De los fuertes de Israel, todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra; cada uno con su espada sobre su muslo, Por los temores de la noche. El rey Salomón se hizo una carroza, de madera del Líbano, He hizo sus columnas de plata, Su respaldo de oro, Su asiento de grana, Su interior recamado de amor. Por las doncellas de Jerusalén. Salid, oh doncellas de Jerusalén, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, Y el día del gozo de su corazón”*

La Versión Moderna traduce el verso *“su interior recamado de amor”* por *“su interior tapizado de amor”* El término que se emplea en el original hebreo es más claro aún: *“su interior encendido de amor”* Se está refiriendo a las vivencias que se devienen en la esfera de la intimidad del ser, los sentimientos más profundos y vinculantes que encienden el corazón de aquellos que se aman hasta conseguir, en la unión con “el otro” la máxima realización posible.

También **la carroza** es un símbolo de protección. *“¿quién es esta que sube del desierto?”* La visión es de una carroza real muy bella que atraviesa un desierto y que va custodiada, asegurándose así un refugio, un amparo, sobre todo ante los temores de la noche. El desierto es figura –y así apa-

rece en diversos lugares de la Biblia– del mundo en el que tenemos que devenir nuestra existencia (Isaías 14:16-17). La carroza, es pues, un símbolo de protección del calor, de refugio de los temores de la noche y de los diversos peligros que en la misma se pudiesen dar. La carroza es también un lugar de provisión y de descanso; en este sentido el término litera, también se puede traducir por lecho. En la relación del alma con Dios, el amor divino debería suponer para una protección, un refugio, una provisión y un descanso.

Realizando una síntesis de los simbolismos del amor que se describen en este excepcional libro y de su aplicación a nuestra vida, nos encontramos con:

El vino

Todas las drogas tienen algo en común: la capacidad para modificar el estado de la conciencia. El vino, como simbolismo del amor de Dios, debería ser en nuestra vida un elemento capaz de modificar nuestro estado de conciencia para que pudiésemos percibir otras realidades que ascenderían de los estratos más profundos de nuestro hombre interior. Serían realidades subliminales que al hacerse conscientes e invadir nuestro estrato anímico –más accesible– podrían satisfacer sus deseos de realización trascendente.

La enfermedad

De la enfermedad destacamos la dependencia, y en este sentido, concluimos que el amor de Dios debería ser algo que informase nuestra vida de tal manera que tomásemos conciencia de nuestra necesidad de depender de Dios. Es decir, no deberíamos depender tanto de nosotros mismos, de nuestras infraestructuras, de nuestras organizaciones..., como de Dios.

La bandera

El amor de Dios tendría que ser la bandera- la señal inequívoca- que nos identifique. Así ocurrió –según el relato de Hechos– con los primeros cristianos cuando Jesús ya no estaba presente en esta Tierra. ¿Qué se decía

de los creyentes en aquella época?: “*que les reconocían que habían estado con Jesús*”.

El sello

El amor de Dios debe de ser la referencia de nuestra pertenencia. Algo que llevemos esculpido dentro, en los espacios más íntimos de nuestro ser, y fuera, en nuestra propia piel, como reflejo imborrable de los contenidos más trascendentes y trascendentales que se mueven en los estratos más profundos de nuestra personalidad.

La muerte

El amor de Dios es la fuerza para luchar contra lo que llamaríamos el Sistema. De esa confrontación dialéctica solo saldremos vencedores si utilizamos como arma el amor de Dios en nuestra vida.

El fuego

Como un signo de purificación. El cristiano/a, debe de saber que su arma fundamental en su confrontación con el mundo es el conocimiento de la voluntad de Dios. Y este conocimiento está expreso en lo que de Dios conocemos, en su Revelación, en su Palabra.

La carroza

Como símbolo de protección. El amor de Dios debe de ser un refugio para protegernos de cualquier peligro que nos aceche en un mundo sin Dios y sin Cristo. El amor de Dios corresponde a todos los contenidos de su Revelación. Y es ésta la que tiene que servirnos como carroza, como litera, como refugio, como protección. El conocimiento de la Palabra de Dios sirve como amparo y fortaleza en cualquier ámbito de la vida, y es el mejor estimulante para despertar nuestra conciencia.

Existen muchos simbolismos del amor de Dios y tenemos que darnos cuenta de que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu de Dios que nos ha sido dado.